



Mujeres, cuerpos y violencias

Las Tesis En Otras Palabras

Beatriz García Moreno

Profesora Emérita de la Universidad Nacional de Colombia.
Arquitecta Ph.D.
Psicoanalista Asociación Mundial de Psicoanálisis y
Nueva Escuela Lacaniana.

En las últimas décadas, hemos visto a numerosas mujeres manifestarse en la calle una y otra vez, denunciando algo que parece no sólo imposible de decir, sino también, imposible de escuchar. En su insistencia parecería que luego de probar las instancias jurídicas y lograr que algunas de sus demandas enmarcadas en el contexto de los derechos humanos fueran atendidas, ese algo quedara por fuera; que lo vivido en violaciones, acosos, maltrato intrafamiliar, feminicidios no lograra tramitarse con las palabras utilizadas en sus demandas y que por más que lo repetirían en una serie innumerable de protestas y acciones diversas, fuera imposible encontrar una escucha que abriera camino al cese de la queja concernida con las violencias contra sus cuerpos. Parecería que en esos pedidos hubiera algo imposible de decir, insoportable de escuchar; que ellos estuvieran concernidos con una lógica diferente de la que conllevan las reivindicaciones sociales relacionadas con la igualdad de derechos en lo económico y en lo político.

Vivimos en una época en la que el lugar dado a las mujeres a través de la historia, como madres o como objetos de deseo inalcanzables, como sucedía en tiempos del amor cortés, hubiera perdido su eficiencia, y que el lugar que les abrió a las mujeres la modernidad para situarse como sujetos en el mundo laboral, en la educación, en la política, en la esfera de lo público, les diera otra posibilidad para los juegos del amor. Cabe recordar que en el juego del amor y de los sexos, la persona amada se convierte en objeto de deseo revestido de ropajes diversos que le dan la consistencia imaginaria necesaria para sostener ese deseo, pero eso no significa que pierdan su condición de sujetos. Las mujeres saben de ese juego y aunque participan de diversas maneras de esa mascarada, en muchas ocasiones parecería que permanecer en esa posición de objeto se les convirtiera en la única posibilidad de existir, y es quizás por ello,

que muchas veces se resisten a perder ese lugar. Sin embargo, como lo propone el psicoanálisis de orientación lacaniana, ellas no responden de modo total a ese lugar, hay algo que se les escapa, otro goce del que dan cuenta sus cuerpos¹, que es imposible de atrapar en palabras, pues no está localizado en un órgano particular, ni en su papel de madres, sino que puede irrumpir de golpe e invadir todo su cuerpo.

Las mujeres consideradas como objetos de deseo a alcanzar encarnan diferentes enigmas que la sociedad se ha encargado de mantener, como bien lo plantea Marie-Hélène Brousse, en el “El objeto escondido de las mujeres”². De esos enigmas parecen dar cuenta sus cuerpos que durante siglos se vieron obligados a permanecer cubiertos de la cabeza a los pies, y que aún, en algunas culturas, siguen estando tapados; por encierros que las confinan en espacios privados, cerrados y ocultos para alejarlas de los espacios públicos y abiertos; por la maternidad cuando se les confiere como único destino. Cuando el sujeto de la modernidad surge y las mujeres encuentran una posibilidad de asumirse como sujetos independientes relacionados con el saber y con lo público, su condición de objetos de deseo inalcanzable, se viste de otro modo, simula otra consistencia, pero la posibilidad de la irrupción de ese goce que vas más allá del goce fálico, no deja de hacerse presente.

La sociedad se inventa formas diversas para, de un lado, sostenerlas como objetos inalcanzables, y de otro, para tratar de crear una defensa contra un goce Otro que responde a una lógica diferente a la fálica, que irrumpe con características de opacidad e indeterminación; como un fuera de sentido que se

1 Lacan, Jacques (2004). *Seminario 20, Aún*. Buenos Aires: Paidós.

2 Brousse, Marie Hélène. “El objeto escondido de las mujeres”.
<https://psicoanalislacaniano.com/mhbrousse-objeto-escondido-mujeres/>

manifiesta en fugas, excesos, ausencias y lejanías diversas. Podría decirse que el doble goce que habita a las mujeres, de un lado ligado a lo fálico y su hacer en lo simbólico, y de otro un goce de la vida, ligado a un erotismo que como se dijo, no se localiza en un órgano específico, cuya manifestación puede producir desde temor por el sin sentido que lo caracteriza hasta actos violentos que buscan aniquilarlo, como son los acosos, los maltratos intrafamiliares, las violaciones, los feminicidios.

Ese goce de la vida que va más allá de las ideales y de las formas simbólicas establecidas se filtra de diversas maneras, como lo indican la literatura, las obras de arte y algunas mujeres que se han dado a la tarea de ubicarlo y de constatar que su encuentro en lo social ha sido motivo de tratamientos violentos, como por ejemplo, la cacería de brujas en la inquisición para condenarlas y quemarlas en la hoguera por no responder a la lógicas de poder de la época; las místicas que debían quedarse encerradas en los conventos pues su comportamiento no se ajustaban al ideal social establecido de ser esposas y madres; las histéricas del siglo XIX que se les consideraban poseídas por el demonio o enfermas mentales que debían ser reclusas en hospicios. Con la modernidad, las mujeres han visto la posibilidad de tomar su voz y luchar por sus derechos, como lo muestran diferentes movimientos feministas que han puesto la palabra a la causa de esas reivindicaciones.

Esos movimientos se han ido renovando con el momento histórico e introduciendo nuevas formas de posicionarse como sujetos. En la actualidad, por ejemplo, muchas mujeres han sentido la necesidad de hablar en sus propias palabras y de hacerse responsables de sus cuerpos y sus goces, y es así, como han encontrado otros modos de relacionarse menos centralizadas en un líder, más horizontales, como lo demuestran diversos colectivos y organizaciones de mujeres, pero también algunas acciones performativas, desarrolladas recientemente en el espacio público. Entre estas manifestaciones es de resaltar la

presentación del 20 de noviembre de 2019 en Valparaíso, Chile, de la acción, a modo de performance, “Un violador en tu camino” del colectivo *Las Tesis*³, el cual puso en escena, con música y coreografía de las participantes, las tesis de algunas feministas. Luego de sus primeras presentaciones en Chile, este performance fue replicado, casi de inmediato, por numerosas mujeres en diferentes ciudades del mundo, produciendo efectos en los espectadores que se hicieron sentir en diversos medios de opinión, en los testimonios de los transeúntes que se vieron abordados e interpelados por la presentación y en algunas de las mujeres que participaron en la coreografía y se sintieron tocadas de modo singular.

En el performance sucede que un grupo de mujeres, a veces más numeroso que otro, con los ojos vendados, con un pañuelo verde en el cuello, signo del derecho al aborto; algunas más vestidas que otras, con una y otra ornamentación, con uno y otro arreglo de cabello, se dirige al interlocutor “patriarcal-masculino-violador” para decirle, basta, el culpable eres tú, me visto como quiera, soy dueña de mi cuerpo y lo manejo a mi modo y no acepto que me sigas tratando como culpable porque es mi cuerpo y soy libre de vivirlo como me plazca, “el violador eres tú”. Sin embargo, el manifestarse no solo con palabras y símbolos establecidos como el pañuelo verde, sino con todos sus cuerpos puestos en ese performance, el mensaje cobra una dimensión que va más allá de lo dicho. Mientras repiten con los ojos vendados, a coro, sus demandas, hacen algunos movimientos que recrean tratamientos de tortura a las que fueron sometidas durante la dictadura de los años setenta del siglo pasado, como sentadillas y movimientos de apertura con las piernas y los brazos que hacen que sus cuerpos no se compriman, sino que se expandan. Sus cuerpos, uno al lado del otro, simulan conformar una masa única, pero al acercarse a la escena se percibe que se trata de una serie, de una y una y una.

3 *Las Tesis* (2019) <https://www.milenio.com/internacional/el-violador-eres-tu-letra-de-la-cancion-de-chilenas-contra-violencia>

Parecería que con su puesta en escena se quisiera dar cuenta de que no hay nada de ese objeto de deseo, de que todo es semblante, de que sus cuerpos si bien pueden responder al goce fálico, están habitados por otro goce del cual cada una se hace cargo.

En el exhibirse se hacen ver; la mirada se impone sobre la venda, se adelanta y atrapa y desconcierta a quien observa al sugerir que hay algo más que la pantalla no cubre, que el velo no alcanza y que algo opaco, al modo de mancha fuera de foco, que parece responder a otra lógica, se hiciera presente acompañado de lo perturbador e insoportable que pueda parecer a un espectador que se encuentra con un idioma que no logra descifrar, pues no puede traducir a palabras que le den sentido.

Más allá de estas palabras que recitan en coro, que quizás ya han sido dichas en otros contextos, el hecho de pronunciarlas en el performance con los cuerpos en acción, parecen indicar un cambio en el lugar desde donde se hace la demanda, pues parecería que la denuncia no se hiciera desde la posición de objetos-víctimas que piden al Otro social que las defienda y que juzgue y castigue al agresor, sino que las hacen desde la posición de sujetos que dicen ser responsables de sus propios cuerpos y de sus goces. El cuidado de ese cuerpo al que se quiere dar consistencia no es más de ellos, es de ellas y que ellas son responsables de su propia manera de gozar; ellas son las únicas encargadas de velar o develar sus enigmas.

En el performance de *Las tesis* se pone de presente esa doble lógica que las habita, en la que no sólo son palabras las que pronuncian para tramitar sus demandas, sino que sus cuerpos mismos entran en escena para denunciar con sus movimientos y gestos, con ritmos repetitivos a modo de una jaculatoria, de un mantra que está más allá del sentido que puede conferir el lenguaje, los abusos sufridos en la dictadura y que muchas siguen sufriendo, las violaciones a las que han estado sometidas. En esa

coreografía, lo que se pone en acción es esa relación con el cuerpo que goza. Parece que los movimientos, los atuendos, el ritmo que surge en su demanda, dan a ver algo que habita a cada una y que pide que lo respeten, que le den cabida; algo que no se ajusta a los ideales, pero que, al manifestarse de ese modo, logra alguna canalización.

Para el psicoanálisis lacaniano, el cuerpo se vive en tres registros diferentes: el imaginario, el simbólico y el real. En el registro imaginario, el cuerpo-imagen concebido como unidad con vocación armónica, cobra preeminencia. Es el cuerpo de la imagen en el espejo el que se engalana de diferentes maneras para verse y hacerse ver, el que es factible de ser tomado por los medios de comunicación para crear un ideal, un tipo a ser imitado, pero también el que cada quien recompone día a día. En el registro de lo simbólico, se trata del cuerpo que se vincula al Otro social, al trabajo, al lenguaje; el que formula demandas y reivindicaciones, el que exige derechos, el que permite ser contado en estadísticas y reducido a objeto de la ciencia. En lo real, que sería el tercero de esos registros, se trata del cuerpo pulsional, fragmentado por sus modos de gozar, enigmático, fuera del lenguaje de las palabras; el que no se acomoda al todo que busca imponerle el discurso del amo de turno ni a los ideales impuestos. Se trata de un cuerpo erotizado que responde a otra lógica, más allá de la fálica. La posibilidad de pensar el cuerpo en esos tres registros abre camino para pensar no solo los desajustes introducidos por la salida de las mujeres a lo público para hacer uso de su voz y exponer sus demandas, sino también para pensar y encontrar caminos para pensar sus goces y buscar algún alivio a esa violencia que parece no escucharse.

Las Tesis logran con su acción, al modo de un performance, no solo formular sus demandas en el campo simbólico, sino transmitir algo de la singularidad de sus cuerpos gozantes. Ellas se presentan como sujetos responsables de sus cuerpos y de sus goces y exigen ser tratadas con la dignidad que merecen.